

FLOR

En pleno invierno, al principio, me dijo: “Vida mía, eres flor; y como flor nunca serás capaz de ver tu propia hermosura. No pasa nada, todos sabrán que tu existencia toma forma en la belleza”. Lo creí y tomé su amor, porque sentí merecerlo.

Otro día me miró y, acariciándome, dijo: “Eres la rosa, soberana de todos los jardines. Las otras flores se marchitan de envidia. Si tan solo pudieras volver romas tus espinas”. Su corona me hacía feliz, aunque pesaba un poco. ¡Cuidaba tanto de mí! ¿Qué menos que limarlas? Así que de mi voz no volvió a salir una queja; ya indefensa, acarició mi tallo liso y sonrió.

En primavera me quiso clavel. Me sacó en procesión, presumió de mi gracia ante el mundo. Sujetada de la cintura por sus manos, la mirada siempre hundida, temí que mi roja frescura no sobreviviese a la estación. Le pedí observar las lluvias de abril desde casa; enmudeció. Su silencio me rompió y, como una penitente, supliqué perdón: entonces le preocupaba la palidez de mis pétalos. Yo, los teñí en rojo con mi sangre.

En pleno verano, sólo una vez, lágrimas osaron aparecer y aguar mis raíces. Las odié profundamente, aterrada de que pudieran apagar mi belleza. Miré por la ventana y suspiré callada: “Quisiera ser diente de león, deshacerme, dormir bajo otro sol, hacerme nueva...”

Pero él escuchaba. Furioso maldijo que los dientes de león son malas hierbas, tan persistentes que nada les daña, que nadie las quiere. No sentí su paliza como el beso que él decía. Al día siguiente, ante el espejo, me convertía en petunia, morada mi piel.

Llegó el otoño; tuve la certeza de que me abandonaría. Temblé de miedo y de frío. Tenía sed y hambre. Pero una flor no habla, no pide. Me dolían los ojos y las entrañas. Vislumbré la paz en la idea de florecer en un ataúd, jubilada por fin de mi condición floral. Y olvidar la culpa, las horas, el dolor de procurar ser en otro, de nunca colmar lo bastante, de nunca acertar.

Y al imaginarme devuelta a la tierra, lo vi: un cadáver. Un amasijo de carne, de huesos, de humores. Era humana. Ni rosa, ni clavel, ni campanilla, ni lirio: mujer.

Y en el invierno nuevo, con mis ojos me pude mirar y no con los de otro. No había raíces que me anclasen a su suelo. Ni pétalos que resguardar. Rompí el invernadero con mis puños. Abandoné su jardín, y respiré el aire de noviembre, sintiendo suelo firme bajo mis pies. Pasé junto a una pequeña flor partida: afanosa crecía en un resquicio entre el cemento. Lloré con otro llanto: cada paso me liberaba de los abrazos crueles, de las miradas de humo, de las palabras con filo.

Muchos días permanecí aterrada; pero tejí, hora tras hora, en mi ser la libertad.

Pasaron los fríos, las soledades, los llantos: volvió la primavera. Con ella, el trino de la mañana que anuncia la vida.

Y renací.